

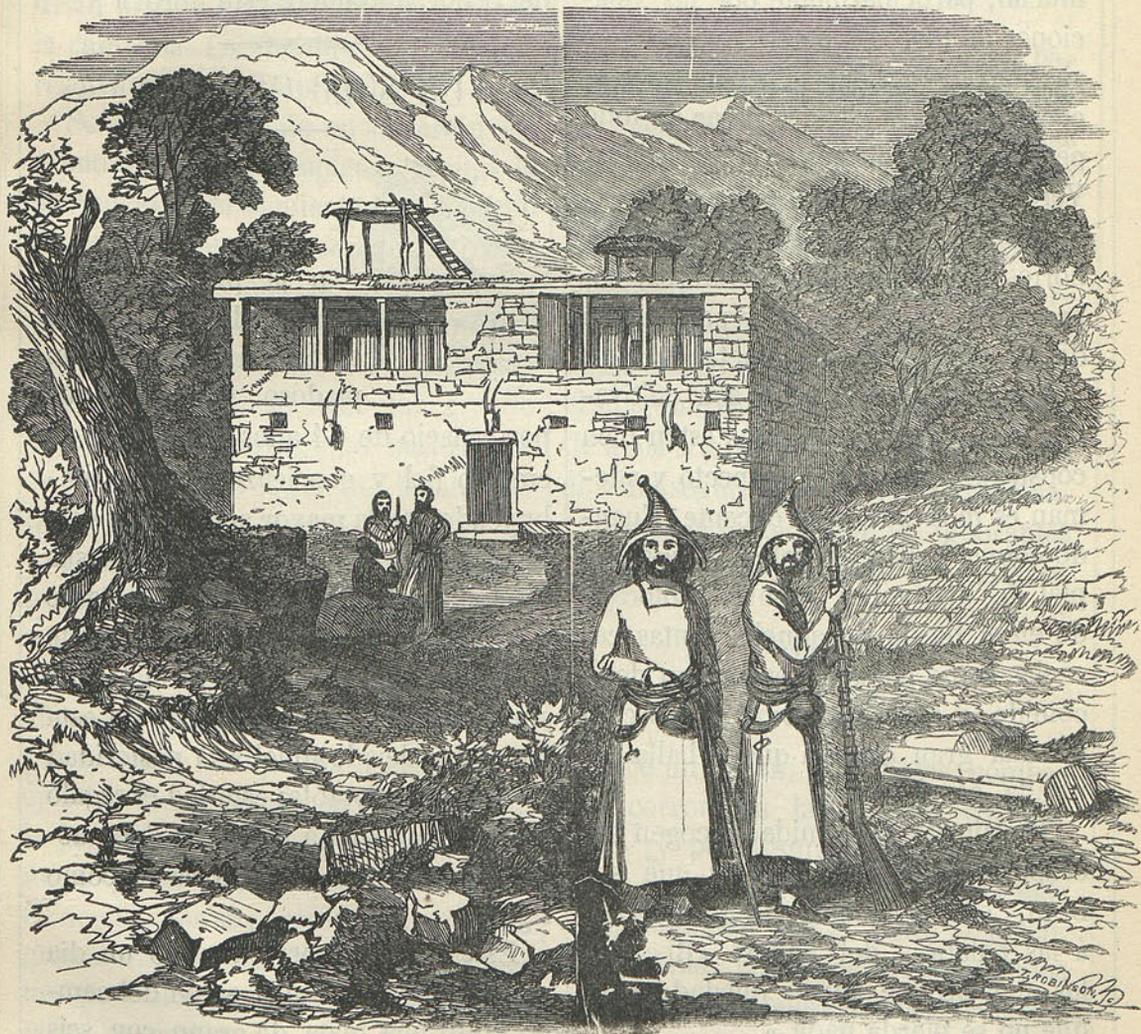
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO VII.

MADRID 4.º DE AGOSTO DE 1880.

NUM. 77.



LOS NESTORIANOS.

En la Armenia y parte de la Persia vive un pueblo notable por la constancia con que ha conservado su

antigua religion y costumbres cristianas, á través de los siglos, y en medio de los mahometanos. Los Nestorianos

se separaron del cuerpo de la iglesia en el siglo quinto de la era cristiana, por diferencias en la doctrina que mantuvo su obispo Nestorio contra la gran mayoría de los demás cristianos. Desde entónces han tenido que sufrir mucho, particularmente por las vejaciones de turcos y persas que en vano suscitaron sangrientas guerras y persecuciones contra ellos: á pesar de todo permanecieron firmes en la fé cristiana. Verdad que ahora han caido en cierta ignorancia, pero por su sinceridad, laboriosidad y buenas costumbres, sobresalen y se elevan muy por encima de sus vecinos los mahometanos.

Los valles que habitan son cultivados con esmero, sus casas están bien construidas, su traje, aspecto y ademán es modesto, pero decente. Cuando comen extienden sobre el suelo la piel de una cabra montés colocan en el borde de aquella tantas cazuelas como personas participan de la comida, y cada cual toma su porcion de una gran cazuela que se halla colocada en el centro.

Terminada la comida, recogen escrupulosamente las migajas que sobran, en obediencia, segun dicen, á las palabras del Señor: «Recoged las migajas que hayan quedado para que no se pierda nada.»

El sentimiento religioso se manifiesta tambien en su modo de saludar. Cuando dos personas se encuentran, dice el uno: «Paz sea contigo» y contesta el otro: «y contigo tambien sea

paz». Al entrar en una casa se dice: «Que Dios os dé prosperidad.» Los niños saludan á su maestro: «Que Dios os dé salud». Cuando principian á estudiar un libro suelen escribir en la primera plana: «Mediante la ayuda del Señor, aprenderé este libro.»

UN SOLO GRANITO.



En la primera mitad del pasado siglo, vivia en Silesia, Alemania, un piadoso profesor, que por espacio de 54 años desempeñó su empleo fiel y concienzudamente, imbuyendo con la mayor actividad y celo la virtud en el corazon de todos sus discípulos, habiéndose hecho notable y adquirido renombre posteriormente á los ojos de los nietos y biznietos de aquellos. Pero prescindiendo de esta fama, ha dejado aquel á la posteridad un recuerdo notable; este fue el regalo de una campana á la iglesia del pueblo en que vivia. La historia es como sigue:

Este buen hombre encontró un dia casualmente sobre una pared del campo santo una mata de grano con seis espigas; probablemente algun pajarito habia dejado caer un granito y de él habia crecido la mata que encima de la pared se hallaba. La congregacion de su parroquia necesitaba una campana.

Repentinamente cruzó por su mente el pensamiento, de que si arrancaba aquella mata y sembraba sus granos, podía al cabo del año tener cierto número de granos, que sembrados cada año, al cabo de cierto tiempo podrían producir para ayudar á comprar la campana. La idea le gustó tanto que resolvió ponerla en práctica.

Sembró aquel año en su jardín los granos de las seis espigas, repitió la operación en el siguiente año y partió en los demás el producto entre varios labradores que lo sembraron en sus posesiones con el mismo objeto. Así pasaron ocho años. Al recoger en el último la cosecha, hubo tan grande cantidad de granos, que bastó para proveer á la parroquia de la anhelada campana.

La historia de su procedencia, fué puesta en el molde de la campana en el año 1729, de suerte que la inscripción aparece en ella. En medio de la inscripción se vé un tallo de grano con seis espigas. ¡Cuánto bien podría hacerse, si tal ejemplo hiciera mella en el corazón de la juventud! Todos los conocimientos útiles que se adquieren; todas las acciones buenas se parecen á otros tantos granos insignificantes en sí, pero con el tiempo y el aumento continuo llegan á tales proporciones, que forman un precioso tesoro para nosotros mismos, y sirve de gran provecho á los demás.



OPINION DE LOS TURCOS

SOBRE UNA LOCOMOTORA.

Las primeras locomotoras que procedentes de Inglaterra, se introdujeron poco há en Turquía, infundieron á los habitantes el mayor espanto.

Creyeron firmemente, y el pueblo bajo lo cree aún hoy día, que en la caja de fuego que se halla sobre las ruedas hay un jóven diablo amarrado que empuja la máquina. Dicen que este diablo ha sido cogido con astucia en Inglaterra y encerrado en la caja. Porque él padece una espantosa sed á causa del gran calor que hay en ella, el maquinista le dá á beber un poco de agua fría bajo la condición de que él debe seguir empujando la máquina.

Tal es la opinion que los ignorantes turcos tienen respecto de una locomotora.

SAMUEL.

Dice un refran: «las malas compañías corrompen las buenas costumbres» ¡y por desgracia, así suele suceder con harta frecuencia! tanto más debe estimarse por lo tanto al jóven, que viviendo entre perversos y malos compañeros se conserva en el temor de Dios, y es de costumbres intachables.

Tal era el jóven Samuel, que no siguiendo el mal ejemplo que le daban diariamente los hijos de Elí, y resistiendo con valor y decisión á todas las tentaciones á que fué expuesto, mere-

ció el beneplácito de Dios y abundantes bendiciones.

No dudo que habrán contribuido poderosamente á que el jóven se mantuviera tan firme y resuelto, los consejos y las oraciones de su piadosa madre, la cual, del mismo modo que por sus fervientes oraciones habia alcanzado

que este niño le fuese dado, habrá continuado seguramente orando á Dios para que se lo conservase bueno y piadoso.

Y que el jóven mismo estaba tambien acostumbrado á dirigirse á Dios con sus preces y acciones de gracias, bien claramente se demostró cuando Dios le llamó una noche por su nombre.

Samuel no sabia en el acto quién era el que le llamaba y por esta razon fué una y dos y tres veces adonde estaba el sumo sacerdote Elí, pensando que este, que era su superior, le queria dar órdenes.

Pero cuando por aquel supo que

era Dios el que le llamaba, no se espantó, sino que dijo con toda confianza y sencillez: «Habla, Señor, tu siervo oye.»

¿Quién de nosotros está en un trato tan íntimo con Dios, que no se espantaría al oír de repente la voz divina llamarle por su nombre? O ¿quién es tan

asíduo y diligente en el cumplimiento de sus obligaciones, que á media noche se levantaría tres veces seguidas dejando el dulce sueño, cuando sus padres le llamaran?

En aquella noche, pues, reveló Dios á Samuel el severo castigo que tenia dispuesto contra la familia de Elí. A la mañana siguiente

Samuel quiso ocultarlo á Elí, tanto por respeto como por simpatía y lástima que la triste suerte de aquel venerable anciano le inspiraba; pero se vió obligado á obedecer al mandato de este y á decírselo todo.

(Se concluirá.)





SAMUEL.—(CONCLUSION.)

Más tarde, cuando Elí y sus hijos murieron en un mismo día conforme Dios lo había predicho, Samuel fue puesto por sacerdote y jefe en Israel, y correspondió de lleno á las esperanzas que el pueblo había cifrado en él.

Impulsado por sus severas exhortaciones y su ejemplo, el pueblo se arrepiñó de la idolatría en que había cai-

dó, y volviendo á adorar al verdadero Dios, este le concedió bajo el mando de Samuel, varias señaladas victorias contra sus eternos enemigos los Filisteos, en cuya memoria ofreció Samuel un solemne sacrificio y levantó una piedra poniéndole por nombre: «Eben-Ezer,» es decir: «Piedra de socorro,» á fin de que el pueblo recordase el socorro

que Dios le habia prestado en sus apuros.

Continuó Samuel gobernando el pueblo con justicia, sabiduría y firmeza, siendo uno de los jueces más excelentes de cuantos rigieron los destinos de Israel.

FIEL Y SIN TEMOR.

«El pequeño German, de edad de 13 años, guardaba los rebaños de sus padres, cuando divisó á lo léjos una porcion de lucientes caballeros, que abandonando la carretera atravesaban por el prado que pertenecia á su padre.

Se adelanta el muchacho hácia los caballeros, párase ante ellos y grita con voz resuelta: «Atrás, el camino es vuestro, el prado es mio.»

A la cabeza de la espedicion venia un majestuoso personaje, era el célebre y poderoso Oton, emperador de Alemania. Este se detuvo admirado ante el animoso muchacho. ¿«Quien eres tú,» le preguntó airado.

«Yo soy hijo de German Bilung, y me llamo tambien German, y el prado pertenece á mi padre y vosotros no debéis pasar por él.»

Pues «yo quiero pasar,» replicó el emperador, «fuera, ó te atravieso con esta lanza.»

El débil muchacho permaneció inmóvil y sus ojos despedían llamas, cuando repuso:

«El prado no es vuestro y no teneis

derecho á atravesarlo, pasad, si queis, por encima de mi cuerpo.»

«¿Qué entiendes tú de derecho? Yo soy tu rey Oton y has de obedecerme.»

El muchacho firme como una roca replicó: «Vd. dice que es Oton, emperador de Alemania. Yo no lo creo, porque Oton vela por el derecho, y Vd. lo quebranta.»

El gran rey no pudo ocultar por más tiempo la admiracion que le inspirada la conducta del muchacho y cambiando de voz y aspecto, dijo con benevolencia: «Llévame á tu padre, bravo muchacho.»

El fiel German contestó: «Yo no os puedo conducir, mi padre me ha confiado el ganado. Allá cerca está la casa, podeis hallar el camino, pero seais el rey ó no, abandonad el prado.»

Admirado el rey de tanta constancia y fidelidad, pidió permiso al padre del muchacho para llevarlo consigo á su corte. Le hizo educar y le apreciaba tanto que más tarde le hizo duque de Sajonia.

¿No seremos nosotros tan fieles y decididos en la ley de Dios como este muchacho en los mandatos de su padre?

LAS NUBES Y LA LLUVIA.

¿Habeis contemplado alguna vez esas hermosas nubes, color de naranja y rosa, púrpura y violeta tan diversamente iluminadas por el sol na-

ciente en una alborada de Mayo, ó bien por los rayos del sol brillante ocultándose tras el ocaso?

¡Cuán gloriosamente adornan al día tanto al empezar como al terminar su radiante carrera!

También las habreis visto sin duda cuando sombrías, pesadas y aterradoras, interponiéndose entre vosotros y ese mismo sol que tanto las embellece, parecian querer destruir la naturaleza con sus largas culebrinas de fuego y atronando el espacio.

¿Habeis intentado alguna vez el buscar la razon y causa de estos fenómenos, y conocer la composicion de estas nubes que unas veces os encantan y otras tanto os aterran y entristecen?

Las nubes como la lluvia, las nieblas, la bruma y el rocío no son más que el vapor de agua más ó ménos condensado.

Cada uno de vosotros habrá tenido ocasion de observar este vapor emanando de un líquido que hervia, escapándose levantando la tapadera de una tetera ó de algun puchero. Sabeis pues ya de qué manera se forma el vapor, á saber, por el calor. Cuando el sol con sus rayos abrasadores calienta la superficie de los mares, entónces una parte del agua se eleva bajo forma de vapor extremadamente fino.

Este vapor, al subir desde la superficie de la mar á regiones más elevadas y más frias, se condensa paulatinamente; es decir, las burbujitas transparentes de agua se apiñan más y más

hasta aparecer á la vista en una forma compacta; este vapor condensado se llama nube. Unas nubes parecen claras, casi transparentes, y otras oscuras y hasta negras, segun que son mas ó ménos densas y compactas. Cuando por el influjo del frio, ó bajo la presion fuerte de una corriente de aire se condensan tanto que su peso es superior al del aire, el agua que contienen cae á la tierra en forma de lluvia; tal como una esponja llena de agua la despidе en abundantes gotas al comprimirla con la mano.



A medida pues, que se vacian las nubes, estos depósitos naturales de agua que flotan sobre las vastas llanuras y las altas montañas de nuestra tierra, se fertilizan los campos, pastos y bosques y se llenan las fuentes, los manantiales, arroyuelos y rios, que sin esta admirable prevision del Creador, no tardarian en agotarse, y entónces dejarian á la tierra en la imposibilidad de producir las plantas necesarias para el alimento de los hombres y de los animales.

La bruma ligera que se eleva de noche por cima de las verdes faldas de las montañas; la que se mece á lo largo de las corrientes de agua; las nieblas que se extienden como un espeso velo sobre las grandes ciudades, tienen todas el mismo origen y las mismas causas; todas son vapor de agua condensado.

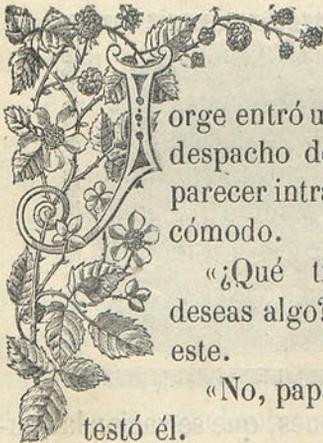
Asimismo, el rocío no es otra cosa sino la humedad de la tierra caldeada

por los rayos del sol y condensada por el aire frio de la noche.

Pero las gotas de lluvia caen de una gran altura, mientras que el rocío se produce sobre la superficie de la misma tierra.

Las observaciones que se han hecho en altas montañas, ó subiendo por medio del globo, han demostrado que existen capas de nubes de más de un kilómetro de profundidad.

EL AGUJERO EN EL BOLSILLO.



Jorge entró una tarde en el despacho de su padre, al parecer intranquilo é incómodo.

«¿Qué tienes, Jorge, deseas algo?» le preguntó este.

«No, papá nada,» contestó él.

Sin embargo permanecía en el cuarto con las manos en el bolsillo; sacó despues de un rato, con disimulo, algunos cuartos, mirólos cariñosamente y los volvió á meter. Por último, se acercó á una mesa en que se hallaba una caja destinada á las misiones y á la propagacion del Evangelio y arrojó sus cuartos dentro.

«Dentro estais seguros y me alegró,» dijo el muchacho en alta voz.

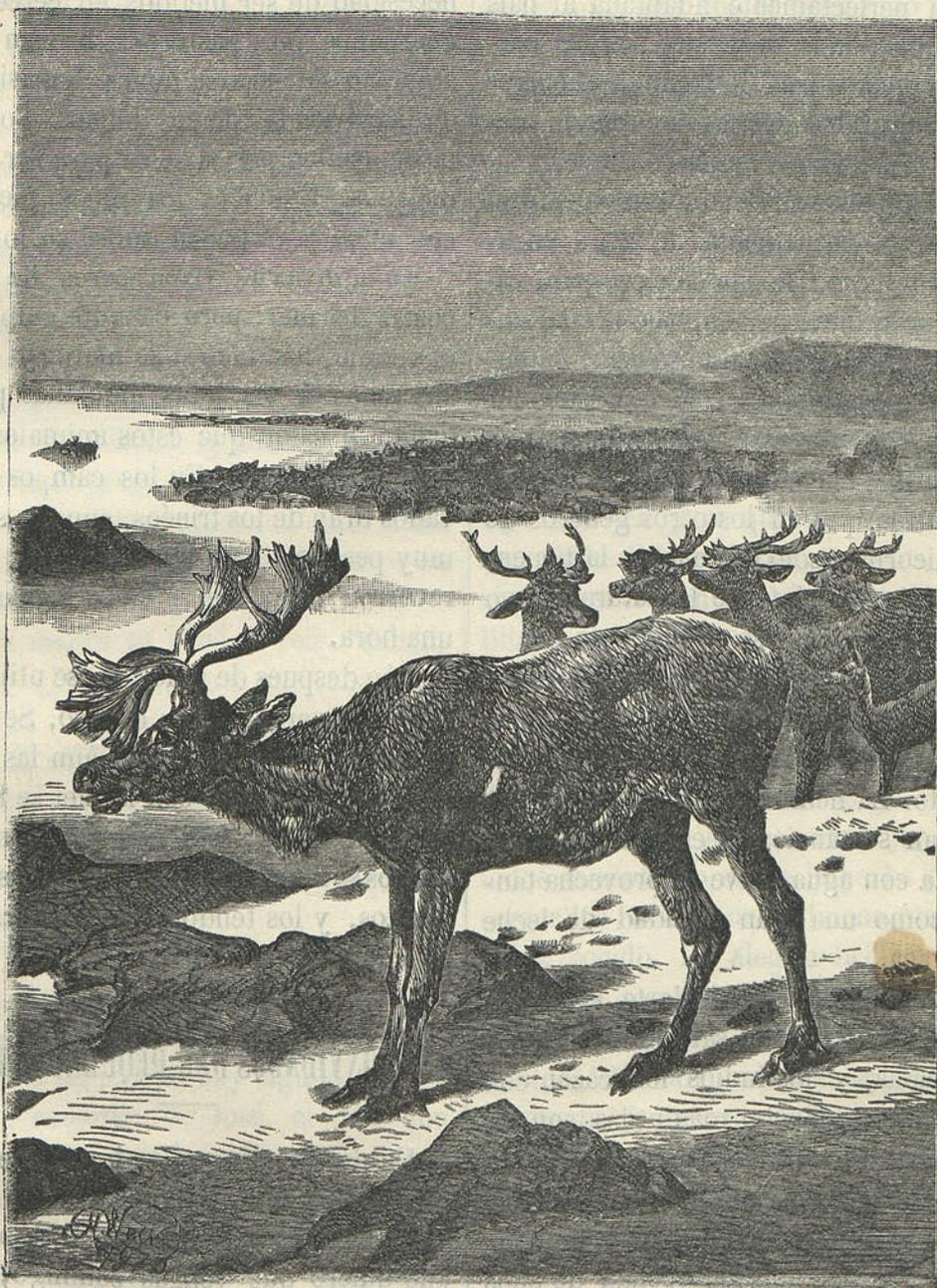
«¿Qué tienes Jorge?» volvió á preguntarle su padre.

«¡Oh!» contestó este alegre, «tenia algunos cuartos y al pasar todos los dias por una tienda veia unas hermosas manzanas que constantemente parecian decirme:

«Cómpranos, cómenos, somos muy hermosas.» Pero yo no necesito las manzanas, los paganos por el contrario, necesitan conocer á Cristo para ser salvos. ¿No, es verdad, papá?»

«Sí, querido hijo, es verdad,» replicó el padre.

«Esto pensaba yo tambien,» volvió á decir Jorge, «y por ello he metido ahora el dinero en la caja de la mision, de lo contrario podria quizá mi bolsillo antes del próximo domingo tener un agujero por dónde se irian los cuartos.»



EL RENO.

El reno ó renífero es el más importante de los plenicornios. Sin él apenas podrían subsistir los lapones y

finéses, á quienes es más útil que todos los demás animales juntos. La estructura de su cuerpo se

halla perfectamente adaptada al país y clima donde vive: sus piernas cortas y anchos piés le facilitan el correr con seguridad por las llanuras de hielo y nieve sin caerse ni cansarse.

También le sirve admirablemente su poderosa cornamenta de 20 á 25 libras de peso. De ella se sirve para escarbar la nieve helada, bajo la cual encuentra su alimento de musgo, llamado el musgo de reno. Es cosa singular que las hembras se hallen dotadas de la misma cornamenta que los machos, mientras que en los otros géneros de plenicornios solo los machos la tienen; pero sin este dote de la naturaleza no podrían procurarse su alimento.

Su piel cambia de color según las estaciones: durante el invierno es blanca como la nieve, y en el verano de color pardo. La hembra dá poca leche, pero tan sustanciosa y espesa que mezclada con agua, sirve ya provecha tanto como una gran cantidad de leche de vaca.

En la América del Norte viven todavía en el estado salvaje en grandes manadas, y los indios los cazan con gran ardor. Mucho más útiles son los domesticados en Europa y Asia. Los lapones calculan sus bienes según el número de sus renos, y en esto tienen razón, porque se aprovechan de ellos tanto vivos como muertos.

Vivos, son los compañeros inseparables del hombre, sin que necesiten cuidado alguno de sus dueños, como los demás animales domésticos. Sin

necesidad de ser metidos en cercos ó guardados por pastores, buscan su alimento sin alejarse nunca demasiado de las viviendas de sus dueños. Por la tarde acuden por sí solos para ser ordeñados. Entónces los niños juegan con ellos y se ponen sobre su lomo.

En el invierno viven cerca de las costas del mar; pero cuando empieza el verano, los dueños se marchan con sus renos á las altas montañas para evitar el calor que estos animales no pueden soportar. En los campos nevados tiran de los trineos, aunque sean muy pesados, con tanta ligereza, que recorren de cuatro á cinco leguas en una hora.

Aún después de muertos, se utilizan todas las partes de su cuerpo. Se come no solo la carne, sino aún las astas cartilaginosas; con la piel se hace ropa, se hila y teje el pelo, con los huesos se fabrican toda clase de instrumentos, y los tendones se trasforman en cuerdas.

LOS CONVIDADOS DEL PEQUEÑO JORGE.

Un día que Jorge jugaba solo en el patio de su casa, oyó á un chico que volviendo de la escuela decía á otro: «no quiero que vengas conmigo, tus ojos miran cada uno de su lado y tu cara está llena de pecas. ¡Qué feo eres!»

Jorge miró al pequeño Paquito á quien se dirigian estas palabras, y vió

que efectivamente era bizco y tenia una cara feísima, de tez toda cubierta de manchas rojizas. El pobrecito lloraba y sollozaba, pues el insulto que le habian dirigido le era muy sensible.

Conmovido al ver sus lágrimas, Jorge se acercó á la reja, y pasando su manita entre los hierros, le dijo: «Toma niño, te doy mi pito nuevo; no llores más.»

Luego entró corriendo en su casa, buscó á su madre y cuando la hubo hallado, le preguntó: «¿Mamá, me permites que diga á todos los muchachos bizcos que vengan á jugar conmigo en el patio?»

La madre se echó á reir, diciéndole: «¿Por qué quieres que vengan todos los chicos bizcos á jugar contigo.»

«Mamá, es que he visto á Paquito llorando, porque los otros chicos no quieren que vaya con ellos y le echan diciéndole bizco, y por eso yo quisiera jugar con él.»

«Tienes una idea muy buena, hijo mio, aunque creo que cerca de aquí no hay muchos niños bizcos.»

«¡Oh sí, mamá, hay algunos! ¿Pues no te acuerdas de José, el cojo que tiene uno de sus zapatos con una suela muy gruesa, y del niño que ha tenido la mano cortada y tambien de...»

«Pero no son bizcos,»—respondió la madre de Jorge.

«Pero son bizcos del pié y de la mano, ¿no es lo mismo? dime mamá mia.»

El hermano de Jorge que tenia al-

gunos años más que el buen niño y se creia mucho más sábio, se reia á carcajadas: ¡Já, já, já! ¡Jorge dice que José es bizco del pié y Tomás de la mano! ¡já, já, já, qué gracioso es!»

Pero la madre le interrumpió, diciendo: «no te burles así, hijo mio, eso es muy feo. Jorge tiene razon, y yo sé lo que quiere decir: tiene compasion de todos estos pobrecitos y desea procurarles un poco de gozo. Convidaremos á esos chicuelos para que vengan á jugar al jardin y yo haré algo tambien para que pasen un rato agradable. Esta pequeñita reunion, será semejante á aquella de que habla la Biblia, á la cual los impotentes y los cojos estaban convidados. Ven Jorge mio, ven que te dé un beso.»

Los niños fueron convidados y acudieron con gozo á casa de Jorge. Despues de haber hecho varios juegos, todos se sentaron sobre la yerba para comer los bollos que la buena madre habia cocido. La alegría brillaba en todos los semblantes, pero habia un corazon más feliz que todos los demás... ¿Adivináis quién era? Era Jorgito porque habia procurado un placer á los pequeños abandonados que Jesus ama.

ENIGMA.

¿Qué es lo que se nos aparece una vez en un *minuto*, dos veces en un *momento* y nunca en un *siglo*?

A Tí mi voz e - le - vo De pe - nas ro - de - a - do Gra - to Se - ñor es -
 cu - cha la voz de mi que - bran - to. Del pe - ca - dor en - fer - mo Que en tí tie -
 ne su am - pa - ro Es - cu - cha los cla - mo - res Con - sue - lo da á su llan - to.

2.

Yo estoy de culpas lleno,
 En mí creció el pecado;
 Mas tu bondad inmensa
 Perdonará mi agravio.

Pues como Tú tan solo
 Perdonas al culpado,
 En tí tan solo espero
 Y vivo confiado.

3.

Desde la luz primera
 Del sol hasta el ocaso,
 Viva en Jesús su pueblo
 Seguro y confiado.

Porque Jesús prodiga
 Con dadivosa mano
 Su gracia, que destruye
 La mancha del pecado.



PEDID Y SE OS DARÁ.

Voy á contaros una historieta que prueba cómo el cariñoso Dios oye la oracion de los niños. Sucedió cuando mi padre era jóven y me la contó cuando yo era aún niño.

No lejos del lugar donde habitaban mis abuelos se halla una pequeña aldea con altas casas de madera. Las paredes están cubiertas de este material y los tejados son de tablas. En me-

dio de la aldea, habia una casita más pequeña y miserable que las otras, en la que vivía un leñador con su mujer y sus dos pequeños hijos.

Un día se marcharon los padres á hacer una visita á su abuelito, que estaba enfermo. «Sed buenos y prestad atención á nuestra casita,» dijo la madre antes de marcharse.

Al mediodía oyen los pequeñitos en la calle una grande griteria: ¡Fuego! ¡fuego! Corren á la puerta y ven arder abajo en la aldea dos casas, propagándose las llamas cada vez con más rapidéz, impulsadas por el viento. Nadie piensa en sofocar el incendio porque todos están con cuidado por su propia casa; todo es lamento y desolacion, el ganado muge en las cuerdas y debe ser desatado; camas y muebles son arrojados á la calle, es un ruido espantoso el que reina.

Ambos niños se angustian, y la hermanita comienza á llorar amargamente, más el hermanito dice: «Ven, Catalina, no metas tanto ruido, vamos á orar.»

Y ambos niños arrodillados dicen: «Cariñoso Dios, déjanos nuestra casita,» repitiendo estas palabras sin cesar.

Nadie se apercibió de los niños, solo un anciano labrador que por allí pasaba se detuvo un momento, y juntando las manos dijo: «Buen Dios, si yo estuviera en tu lugar dejaría á á estos niños su casita.»

Las llamas se acercaban cada vez más, ya las chispas volaban hácia la

casa vecina, y los niños clamaban cada vez más angustiados; de repente se muda el viento y lleva para otro lado las llamas, de tal modo que ninguna chispa cae sobre su casa.

Aun hoy obedece el viento al Dios Todopoderoso, y lo que él ha dicho en su palabra vale para todos los tiempos: «Llámame en el día de la angustia y te salvaré, y tú me alabarás.»

Esto hicieron tambien los padres de los niños cuando á la vuelta hallaron ilesa su casita, y estos les dijeron radiantes de gozo: «Hemos suplicado al cariñoso Dios que nos dejara nuestra casita.»

DESCRIPCION DEL PAULAR.

Rodeado de fondos y altos montes
Se extiende un valle que de mil delicias
Con sábia mano ornó naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
De la vecinas rocas, el Lozoya,
Por su pesca famoso y dulces aguas.

Del claro rio sobre el verde márgen
Crecen frondosos álamos, que al cielo
Ya erguidos alzan las plateadas copas,
O ya sobre las aguas encorvados,
En mil figuras miran con asombro
Su forma en los cristales retratada.

De la siniestra orilla un bosque um-
Hasta la falda del vecino monte (brio
Se extiende, tan amoroso y delicioso,
Que le hubiera juzgado el gentilismo
Morada de algun Dios, ó á los mis-
(terios

De las silvanas Dríades guardado.

Aquí encamino mis inciertos pasos,
Y en su recinto umbrío y silencioso,
Mansion la más conforme para un triste,
Entro á pensar en mi cruel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
El aire blando y el silencio mudo,
Mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
El rayo acechador, ni sus reflejos
Viene á cubrir de confusion el rostro
De un infeliz, en un dolor sumido.

El canto de las aves no interrumpe
Aquí tampoco la quietud de un triste:
Pues solo de la viuda tortolilla
Se oye tal vez el lastimero arrullo,

Tal vez el melancólico trinado
De la angustiada y dulce Filomena.

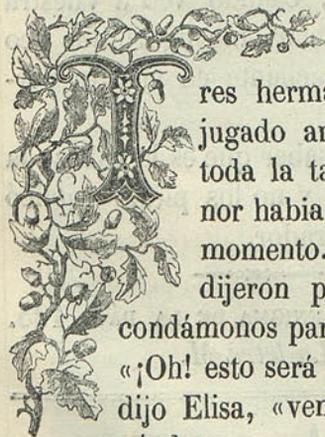
Con blando impulso el céfiro suave,
Las copas de los árboles moviendo,
Recrea el alma con el manso ruido:
Mientras que al dulce soplo despren-
(didas

Las agostadas hojas, revolando,
Bajan en lentos círculos al suelo;
Cúbrenle en torno, y la frondosa
(pompa,

Que al árbol adornaba en primavera,
Yace marchita y muestra los rigores
Del abrasado estío y seco otoño.

JOVELLANOS.

EL SUSTO DE GUILLERMO.



res hermanitos habian jugado amigablemente toda la tarde. El menor habia salido por un momento. Los otros dos dijeron para sí: «Escondámonos para asustarle.» «¡Oh! esto será una broma,» dijo Elisa, «ven Jorge y escondete.»

Jorge y Elisa se precipitaron detrás de la sedosa cortina escondiéndose en el ancho pliegue.

Algunos momentos despues venia Guillermito silbando. Cuando miró en el cuarto y no vió á nadie, dijo:—

«¿Dónde estarán Jorge y Elisa?» Ya se volvía para salir, cuando en el mismo momento salieron ellos gritando: «Buh! Buh! Buh!»

Guillermo se asustó, su fisonomía cambió completamente, su color quedó mortalmente pálido, y yo no sé lo que le hubiera pasado, si en este momento no hubiera entrado su madre. La presencia de ella le dió ánimo. Despues de sosegarse algo se dirigió á sus hermanitos: «¿Porque me habeis asustado?»

«Tú no debias ser tan cobarde,» replicó Jorge. La madre tomó de la mano á Guillermo y se dirigió al sofá. Llamó á los otros niños y les preguntó qué habia sucedido. Despues que refi-

rieron lo sucedido, dijo aquella: «Yo no creo que él sea un cobarde, sino que un susto puede hacer mal al más valiente; y para que lo veais, os contaré una historia:

Una señora jóven, hermosa y rica fué á la biblioteca de su marido á buscar un libro. Su criada de confianza se hallaba en aquel cuarto, é inclinada á la broma, se escondió hasta que la señora hubo encontrado el libro que buscaba. En el momento en que esta abandonaba el cuarto, salió la criada repentinamente de su escondite con gran gritería y la asustó. La señora cayó al suelo sin sentido. Fué llevada á su cuarto, donde al recobrar el habla, resultó completamente trastornada, tanto que su esposo hubo de llevarla á una casa de locos donde murió poco despues de resultas de aquel susto.

«¡Oh! ¡que terrible!» exclamó amedrentada la pequeña Elisa.

«¡Oh! siento mucho haber espantado á Guillermo: le ruego que me perdone,» continuó Jorge.

Guillermo perdonó á ambos. Su madre, empero prosiguió: «Un niño puede ser muy animoso y valiente, y sin embargo un repentino é inesperado

ruido, puede de tal modo obrar en su cerebro, que le produzca la muerte ó la pérdida de la razon. Niños que se aman, no deben asustarse nunca unos á otros.

«Lo siento mucho, dijo Elisa, yo no habia pensado en ello. No, no volveré á asustar á nadie.»

«Sé muy bien, queridos hijos, que no habeis pensado en ello; y por eso os lo he advertido,» concluyó la buena madre.

PIÉS Y CABEZA.

ANÉCDOTA.

Notando Cárlos V que cierto caballero se reía, cuando le veía andar, temblándole las piernas de flaqueza, le preguntó el motivo de su risa. «Señor, le respondió, cuando veo á Vuestra majestad temblar, me figuro que veo al imperio vacilante en vuestra persona.»

«Deberías saber que es la cabeza la que gobierna y no los piés,» replicó el sabio emperador.

SOLUCION DEL ENIGMA DE LA PÁG. 123.

La letra M.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales. Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Ja-cometrezco, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñon 7.